

Lentos, los Tiempos de la Democracia

Modernismo Político Temeroso

- ★ Sólo Mediante Grandes Crisis se Logra el Cambio
- ★ Un Sistema Inmóvil Frena el Proyecto Económico
- ★ Diferencia Entre Oposición Funcional y Enemigo Real

LORENZO MEYER

¿Por qué en Baja California sí y en Michoacán no? El modernismo económico de este gobierno es francamente imaginativo. En contraste, su modernismo político es estreñado, lleno de temor y de límites.

En este nuestro México, todo lo que se refiere a la democracia política encuentra resistencias enormes. El cambio se logra sólo mediante grandes crisis y explosiones —guerra de Independencia, de reforma y revolución— y una vez logrado tiende a congelarse de inmediato. Por ejemplo, el sistema electoral —un instrumento para el cambio pacífico y paulatino— se introdujo hace 180 años y aún no podemos hacerlo funcionar como Dios manda.

Otro caso tuvo lugar hace sesenta años, cuando para superar la enorme crisis producida por el asesinato del Presidente electo Alvaro Obregón, en su último informe ante el Congreso, el Presidente Plutarco Elías Calles propuso no sólo dejar atrás la etapa de los caudillos en favor de las instituciones (de ahí la creación de esa peculiar institución que es nuestro partido de Estado: el PNR-PRM-PRI), sino que también ofreció invitar a

Modernismo Político Temeroso

Sigue de la primera plana

la oposición a medir fuerzas con el gobierno revolucionario, no ya por la vía premoderna del enfrentamiento armado —en ese momento se libraba la feroz guerra cistera—, sino por la más civilizada del juego electoral. Sin embargo, resulta que es sólo a partir de diciembre pasado que el congreso federal puede llamarse pluralista, y únicamente a partir del 2 de este mes que se consiguió que se respetara la victoria del pluralismo a escala del Poder Ejecutivo Estatal.

¡Son lentos los tiempos de la democracia mexicana! Y por lo que hemos visto en estos días, así van a seguir siendo si la sociedad mexicana no encuentra la manera de imponer sus prioridades por sobre las del gobierno, baluarte del statu quo.

★

A estas alturas una cosa queda ya muy clara: el PRI no va de la época del "partido casi único" a la del actual pluripartidismo mínimo por su propia voluntad, lo llevan. Aparentemente quien lo lleva a rastro y en medio de sus gritos, lloros y resistencias, es el Presidente. Sin embargo, quien a su vez empuja al presidente en la dirección que ha tomado son las demandas de una sociedad mexicana que está despertando de su largo letargo político, sacudida por los terribles daños que le ha causado la gran depresión económica. Así, en el fondo, la gran fuerza democratizadora mexicana proviene de la energía social que liberara el fracaso económico iniciado a partir de la Segunda Guerra Mundial.

En lo inmediato, es el Presidente —o más bien, la presidencia— el único actor político que tiene la fuerza y los medios para empujar al pesado partido del Estado y forzarlo a que entre, a trompicones, por la puerta que conduce a la largamente pospuesta era de la alternancia del poder. Pero Carlos Salinas mismo es una criatura de la política autoritaria: su postulación como candidato del PRI y las condiciones en que impuso su apretado triunfo oficial sobre las reclamaciones de sus contendientes, fueron resultado de prácticas políticas premodernas y antidemocráticas. Por ello, su decisión de forzar al PRI a aceptar su innegable derrota en Baja California debe explicarse, sobre todo, por un frío cálculo racional: la incorporación limitada pero real de la oposi-

ción panista al proceso de toma de decisiones, puede ser el precio a pagar para que tenga éxito el proyecto neoliberal de modernización económica en que se encuentran empeñados el presidente y su grupo.

En efecto, lo que está sucediendo en Corea, la URSS, Polonia, o Hungría, muestra al grupo que hoy controla al Poder Ejecutivo en México, que en sistemas políticos altamente centralizados, la redinamización de la economía por la vía de la apertura del mercado y la competencia no es posible sin otra apertura: la del proceso político. Y como ejemplo de lo que puede pasar a quienes insisten en abrir la economía y mantener cerrada la política, ahí está el caso de China.

Como bien lo señalara en una reunión reciente aquí en México el profesor Haurhro Fukul, la permanencia por un tiempo prolongado de un solo parido en el poder —como es hoy el caso de Japón y, sobre todo, de México— crea inevitablemente una red muy densa de relaciones entre el gobierno y los intereses creados. Esa red no sólo da lugar a una institucionalización de la corrupción a lo largo de todo el sistema administrativo, sino algo peor desde el punto de vista de la modernización neoliberal: impide la representación política adecuada y eficiente de los nuevos intereses que surgen con el cambio económico. A la larga, un sistema político inmóvil es disfuncional para un proyecto económico que requiere de dinamismo y agilidad para mantenerse dentro de la estructura competitiva que demanda el mercado mundial.

Ahora bien, lo denso de la relación creada a lo largo de sesenta años entre el PRI y los intereses que surgieron y prosperaron durante la época de la economía cerrada, no van a aceptar sin protesta el cambio de reglas. Su furia y rabia por el advenimiento de la democracia política en Baja California es evidente. Durante su última asamblea nacional, algunos dirigentes de la CTM —exponente típico de los intereses improductivos creados al cobijo del autoritarismo del partido de Estado— no dejaron duda alguna de su oposición al cambio político. Por ejemplo, Javier Pineda Serino, secretario de trabajo de la CTM, dijo literalmente que "haber entregado el poder en Baja California fue una gran estupidez de los dirigentes del PRI".

Ni Pineda Serino ni nadie dentro de la CTM ignora que decisiones como la que llevó el martes 4 de julio al senador Luis Donaldo Colosio a aceptar frente a las cámaras de televisión que el PRI había perdido la gubernatura de Baja California, no las toma el CEN del PRI sino su jefe nato: el presidente de la República. Rigoberto Ochoa Zaragoza, llegó tan lejos en esta reunión de furia y lamentos, que incluso insinuó que si resulta que el PRI decide apartarse de sus "compromisos" con los sectores que lo integran, entonces la CTM podría crear su propio partido. ¡Y todo esto ocurría mientras Fidel Velázquez se encontraba, a sus 89 años, en el quirófano del Hospital Militar! (por cierto, ¿cuál es el motivo de que don Fidel no se atendiera de su dolencia intestinal en el I.M.S.S., como el resto de los trabajadores de su confederación, y que en cambio fuera a convalecer al pabellón de los generales?)

En la propia Baja California, la densidad de la relación entre el PRI y un sinnúmero de intereses locales —las uniones de taxistas, los sindicatos, la burocracia estatal, las organizaciones de colonos, los contratistas del gobierno, etcétera— llevó a los priistas locales a poner en duda su único principio inviolable: el de la obediencia a las órdenes superiores. Así, en algunos momentos, Margarita Ortega, la candidata derrotada, no aceptó lo aceptado públicamente por el presidente del PRI y el miércoles 5 aseguró a sus partidarios —que preferían improprios justamente contra las máximas autoridades del PRI nacional, aunque quizá pensaban en alguien más arriba— "no estamos perdidos". Eduardo Martínez Palomera, el líder local del PRI, secundó a la señora Ortega, y arengó a sus bases a resistir hasta el final el asalto panista. Por un momento, la tensión incluso pareció llegar al punto de la violencia. Sin embargo, cre que no hemos visto el fin del conflicto interpriista, sino sólo el principio. Promete ser un espectáculo realmente interesante.

★

Según la información pública disponible, tanto en Baja California como en Michoacán, los cuadros priistas encargados de preparar las elecciones, hicieron todo lo posible dentro de las circunstancias para impedir el advenimiento de la era de la alternancia

en el poder. Sin embargo, y a final de cuentas, en Baja California el PAN contó con una organización a la medida de la voluntad de fraude, que inhabilitó al tradicional esquema priista. En efecto, los panistas bajacalifornianos pudieron vigilar directamente los procedimientos en el grueso de las casillas, y tener inmediatamente después de la elección la mayoría de las actas firmadas por los representantes de los partidos. En esas condiciones el fraude en los comités distritales y en la Comisión Estatal Electoral sólo se podría hacer arriesgando toda la credibilidad nacional e internacional.

En Michoacán, en cambio, y para empezar, el PRD no contó con la movilización de los electores que pueden producir comicios competidos para gobernador y presidentes municipales; tradicionalmente la votación para diputados locales —que fue la única que hubo en Michoacán— es la que menos sex appeal tiene para el votante, de ahí buena parte de la apatía y la abstención de 82% de los empadronados. Además, el PRD no logró una organización similar a la del PAN que le hubiera permitido cubrir prácticamente todas las casillas, ni contó tampoco con la indudable ventaja que da la urbanización del contexto: en las ciudades es mucho mayor la posibilidad de contacto sistemático entre partido y representantes (teléfono o walky talky), mayor la movilidad de los grupos de vigilancia y de la prensa, y una cultura más dispuesta a enfrentarse a los tradicionalmente poderosos.

En Michoacán, el presidente y su partido parecen haber mostrado su voluntad de imponer su resultado por sobre el de las urnas, le pesara a quien le pesara. Para propósitos de seguir mejorando la imagen presidencial en el exterior, y reconquistando el apoyo de las clases medias y altas mexicanas, parece ser que el gobierno consideró suficiente reconocer el triunfo de la oposición de centro derecha.

Dentro del espectro de la oposición, no hay duda de que el proyecto económico del gobierno actual —y aquí deseo subrayar que hablo del gobierno y no del PRI— tiene pocas diferencias de fondo con el del PAN. En

SIGUE EN LA PAGINA DIECISEIS

Modernismo Político Temeroso

Sigue de la página diez

este sentido, las visiones que del futuro tienen Salinas y el PAN parecen ser básicamente compatibles, casi intercambiables. Ambos buscan dar mayor importancia a las fuerzas del mercado interno y externo como responsables de la distribución de las tareas, los recursos y las ganancias, y disminuir tanto el papel económico del gobierno, como el de los sindicatos. El conflicto real entre el gobierno y el PAN no se refiere a qué hacer, sino a quién debe hacerlo. Se trata, sobre todo, de una disputa sobre la selección de los dirigentes, no sobre el rumbo a seguir.

La situación del gobierno respecto del PRD es distinta, de ahí la respuesta tan diferente. Aunque el PRD aún no tiene, realmente, un claro proyecto alternativo al del gobierno y el PAN —en todo el mundo el proyecto de la izquierda está a la defensiva frente al de la derecha—, es obvio que, por principio, el PRD busca no

sólo el cambio del equipo gobernante, sino también del contenido de la política económica actual. El PRD, por sus orígenes y por la composición de sus cuadros dirigentes, es un agravio permanente al presidencialismo, pues sus líderes abandonaron el PRI en abierto desacato a esa regla fundamental del priísmo y a la que ya hice referencia: "obedecerás la voluntad presidencial por sobre todas las cosas y nunca la pondrás públicamente en duda", y ahora insisten en la ilegitimidad de Carlos Salinas. Por si lo anterior no fuera ya grave, resulta que el PRD y no el PAN, es el partido de oposición que tiene el potencial de arrancar a las masas de control del PRI, pues es el único partido cuyo proyecto tiene en el centro de su visión del mundo un elemento de redistribución del producto social, de justicia sustantiva. En esta profundidad social se encuentra, creo yo, la raíz y la razón de la voluntad del gobierno de negar al

cardenismo en Michoacán el espacio de acción política que ya le reconoció al panismo en Baja California. El trato diferencial del gobierno de Carlos Salinas al PAN y al PRD es la distinción entre la oposición funcional y limitada y el verdadero enemigo.

Difícil es aún el camino que deberá recorrer la so-

ciudad mexicana antes de poder llegar a la auténtica modernidad política. El optimismo que en muchos despertó el pronto reconocimiento de la victoria del PAN en Baja California ya lo disminuyó la actitud contraria en Michoacán. La ganancia democrática resultó menor que la esperada. Lástima.